

El gusto de reconocer al otro

Tomás Scherz T, Pbro. Pontificia Universidad Católica de Chile

El Papa Francisco no solo habla del *gusto de reconocer al otro* (cf. FT 218), sino también del *gusto espiritual de ser pueblo*, o del *gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente* (EG 268). En otro contexto, habla *del gusto al aire puro del Espíritu Santo que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios*. (EG 97). Esa liberación de una falsa piedad auto referente, tiene como ejemplo al mismo Jesucristo, quien se *complace de verdad en dialogar con su pueblo*, como lo expresa en su *Evangelii Gaudium* (EG 141). Ese salir de sí mismo es una actitud cristiana que debe ser “trabajada”.

La fraternidad no es una realidad espontánea, naturalmente automatizada. A propósito del diálogo, el papa habla de un *acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto (...)*. Eso implica un trabajo conjunto, *cultural* (FT 199), en tanto el pueblo incorpora convicciones entrañables y un estilo de vida, que a su vez se convierte *en deseo y en estilo de vida*. El sujeto de esta cultura -continúa- *“es el pueblo, no un sector de la sociedad que busca pacificar al resto con recursos profesionales y mediáticos”* (FT 216). A diferencia de la cultura como un bien elitario, se trata de un cultivo comunitario. Arnold Gehlen explica el fenómeno cultural como aquel artificio al que está impelido el ser humano por su condición esencialmente incompleta y desprovista. De allí que debe crear distintos instrumentos que el animal tiene instintivamente, como el abrigo naturalmente dispensado al oso polar en las regiones frías. Esa provisión artificial “cultural” es la que llama una “segunda naturaleza”.

Sin embargo, cabe preguntarse si la cultura es solo una mediación instrumental, técnica. A propósito del gran avance tecnológico de las comunicaciones, el Papa Francisco se pregunta si acaso, *esas formas de comunicación nos orienten efectivamente al encuentro generoso, a la búsqueda sincera de la verdad íntegra,*

al servicio, a la cercanía con los últimos, a la tarea de construir el bien común (FT 205).

Ese encuentro generoso, de servicio y de cercanía con los últimos requieren un “cultivo” de virtudes, que a su manera, también son una suerte de *segunda naturaleza*, y que debieran presidir el “artificio” humano. Es lo que el Papa, a su manera, llama una “transformación artesanal” (FT 231). Si cabe la analogía, no se trata tanto de la técnica de la comunicación, cuanto de priorizar la virtud (fuerza) del salir de sí mismo para encontrarse habitualmente con el otro. Se trata de una praxis “artesanal”, que de manera más consistente consolida la cultura como una segunda naturaleza.

Se ha dicho que dicha conducta consolidada por el ejercicio repetido refuerza el plano motivacional. De hecho, el hábito consiste no sólo en el resultado de la repetición de actos, sino en una inclinación dispositiva que hace a su sujeto apto, capaz de desempeñar las tareas con más facilidad, “sintiéndolas” como propias también desde el punto de vista afectivo. “El sujeto así predispuesto sabe lo que quiere, y quiere lo que debe.” (Barrio Mestre). Reconocer al otro/a con gusto, aunque suene paradójico, sucede cuando se ha “intervenido” la naturaleza social, pero no como una intervención técnica, sino “habitual”. Es por ello que la fraternidad tampoco nace usufructuando de una técnica retórica, comunicativa o del contrato. Darse a conocer y concertar reglas es humano. Pero su primer caldo de “cultivo” es el acercarse y acostumbrar esa cercanía.

Es interesante constatar que ese cambio cultural requiere comprender la continuidad entre naturaleza-cultura. No se trata de volver a la naturaleza del buen salvaje a la manera de Rousseau, denostando a priori a la civilización. Se trata de comprender los ritmos de la naturaleza cultivando simultáneamente el reconocimiento del otro y la otra. Esa reivindicación artesanal del trato humano (que no puede sino ser una *amable segunda naturaleza*), nos da sabiduría para gestar cultura y escuchar la naturaleza. En la misma *Laudato Si* el Papa Francisco nos

advertía: Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad –por poner sólo algunos ejemplos–, difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza. (LS 117).

En otras palabras, el gusto por reconocer al otro (Fratelli Tutti) está a la base del cuidado de la casa común (Laudato Sí).